

Ya no tañen las campanas...

Antonio Garrido Buendía

Ocho campaneros tomaron parte no hace mucho en el séptimo concurso de repique de campanas celebrado en Arruazu (Navarra). Antonio Senar, de Lizárraga, campeón hace dos años, recuperó su título con una interpretación precisa y ajustada que fue muy aplaudida. Para la puntuación, el Jurado valoró el lirismo, la armonía, la melodía y los cambios que imprimía cada intérprete.

No hay más que echarse a las carreteras para ver que España está llena de campanarios y que todas las vías automovilísticas conducen a ellos, porque, al trazarlas, los ingenieros de Caminos tomaron las torres eclesiales como punto de mira. Pero sólo los niños que han tenido la suerte de vivir en los pequeños núcleos de población saben hoy interpretar el lenguaje de las campanas, deleitarse con el repiqueteo y admirar o envidiar el arte de los campaneros.

El hecho de que al citado concurso hayan asistido sólo ocho campaneros da idea de lo poco que ahora se usan las campanas para comunicarse, y la evidencia de ello la tenemos en que no hay más que mirar a las iglesias que últimamente se construyen, que no tienen más que una torreta, no un campanario propiamente dicho, y desde luego nunca campanas, que son sustituidas por «carillones», y que, aunque lo parezca, no son lo mismo.

Quizá convenga saber que, al menos, dos campanas deben existir en todo campanario y, lógicamente, de dos tamaños y sonidos distintos. Estas se suelen tocar a vuelo (lo más rápido que se pueda, volteándolas), medio vuelo (con ritmo más lento) y repique (con las campanas quietas y los badajos asidos cada uno a una cuerda, mediante las cuales se accionan aquéllos con distintas intensidades y ritmos). Alternando las dos campanas y los distintos ritmos e intensidades se consiguen los infinitos repiques y características específicas de cada señal o mensaje. La campana grande es la más utilizada, por el mayor alcance de su sonoridad, y la pequeña es em-

pleada generalmente en los matices.

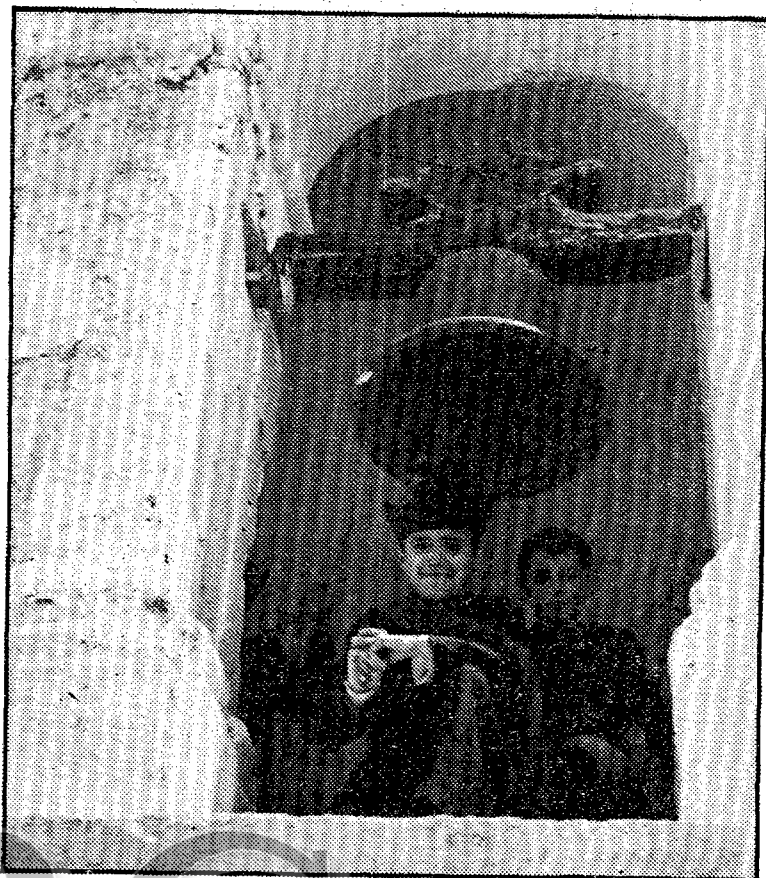
Los toques de campana más conocidos son los de llamada a misa y el doblar de muerto. El tocar a misa se hace en tres tiempos. El primero, media hora antes de empezar a officiar, y se distingue en que al final del repique se da un solo toque seco. En el segundo, un cuarto de hora después, se finaliza con dos toques, y los últimos (que no se dicen los terceros, porque sería evidencia de incultura) coinciden los tres toques secos con la salida del oficiante al altar.

El doblar a muerto se denomina así porque sus finales son dobles (las dos campanas a la vez), y se darán tres dobles si se trata de un hombre y dos si es una mujer la que ha fallecido, usándose los mismos distintivos para niño o niña, pero con otro toque diferente, más ligero.

Otros campaneos habituales son los de Ave María, a las siete de la mañana durante todo el año; el de oraciones, por la tarde al ponerse el sol; o los tres toques del mediodía (a las doce, hora solar), y que del 3 de mayo al 13 de septiembre se denominan «nulo» (siesta), con otro repiqueteo diferente al del resto del año, por aquellas tierras de media España hacia abajo, donde en esa época cae un sol de justicia.

Cuando un feligrés precisa llamar al cura, si éste no se encuentra en la iglesia bastará un toque, y dos si se demanda al sacristán..., cinco cuando se sale a dar la extremaunción, etcétera.

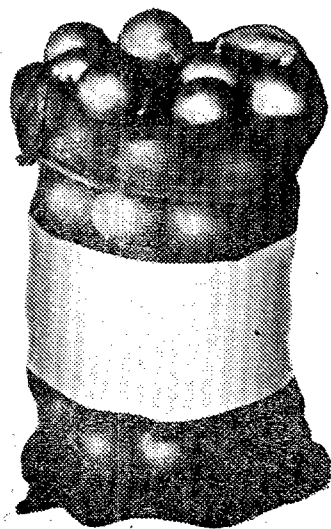
El toque más espectacular es el de a rebato, que si se puede hacer a vuelo es mejor que a repique, y cuanto más vertiginoso sea el



ritmo, mejor (aquí puede haber todo, según quien toque o llegue primero al campanario en la urgencia). Como un ejemplo del poder de llamada de las campanas y del contagio de comunidad que infunden, recuerdo que allá por el final de la década de los cuarenta se organizaba en Murcia una exposición de la imaginería de Salzillo, y el padre Cecilio Barquero Garrido, notario de la Curia, deseaba que en ella figurase la hermosa talla de San Juan Bautista, Patrón de su pueblo, Campos del Río. Allá se fueron los organizadores de la muestra por la preciada imagen, pero el vecindario, que con la guerra civil había perdido varias tallas de incalculable valor, no supo entender el buen propósito o correr el hipotético riesgo de perder la única

pieza que les quedaba del citado imaginero, y alguien —todavía no se ha sabido quién— tocó a rebato y el pueblo entero —hombres, mujeres, niños y... perros— se concentraron en la plaza, alrededor de su templo, con los más inverosímiles elementos de defensa: rejas de arado, horquetas de era, azadas, palos, látigos, maromas, piedras..., componiendo una escena que todavía no la he visto mejorada en ninguna película, porque, lógicamente, aquélla era improvisada y de verdad.

Ni que decir tiene que la imagen no salió del pueblo. Pero los organizadores de la exposición, en su afán por catalogar la talla, tras la investigación, llegaron a la conclusión de que no era de Salzillo, sino de su discípulo Roque López.



La cesta de los afrodisíacos

La última palabra en materia de afrodisíacos la acaba de dar un investigador brasileño, que reveló que ciertas plantas y legumbres aumentan la potencia sexual. Según Efe, el investigador es Sao Gerardi, que el mes próximo publicará el resultado de sus investigaciones. Estas van desde las realizaciones en el museo de la Asociación Brasileña de Farmacéuticos hasta las obtenidas del médico de los ejércitos de Nerón, en el siglo I.

Casi todas las «plantas eróticas» de Sao Gerardi pueden ser comprobadas en cualquier feria o mercado. La lista «secreta» de los afrodisíacos es amplia: la zanahoria, cuya raíz tiene un gran

poder de erotismo; bebida como té, el aguacate, el apio, el romero, las hojas del algodonero, el cacahuete, la ruda y los espárragos, y hasta el bambú es considerado planta erótica, cuyo té tiene efectos «increíbles».

Pero la lista no termina allí, sino que la castaña de cajú tostada también es un afrodisíaco, y hasta la cebolla, que mucha gente evita comer antes de un encuentro amoroso, pero que tiene «gran poder estimulante, usado en la antigua India». Y aquí va una receta «de primera»: cebolla rallada, miel, manteca y jugo de jengibre, preparado «infalible».

Saliendo de las ferias y mercados ciudadanos, Sao Gerardi menciona otros productos más difíciles, como el «cuentro», la «prionia», el «abicinco», el «pasto barba de chivo», la «hierba del soldado», la «haba de San Ignacio», el «nudo de perro», la «sensitiva», la «si-riuva», el «satirión de cáscara» y otras sutilezas.

Pero mucho cuidado con los inhibidores del apetito sexual, como la marihuana y —sorpresa— la lechuga. Quienes precisen de anticoncepcionales, la ruda es fuertemente abortiva, pero muy tóxica, y se sitúan también entre los abortivos el apio, el algodón, el espárrago, el bambú, la zanahoria, el eucalipto y la ortiga.